

Juan Bautista Ferro*

Federico Camino

Pontificia Universidad Católica del Perú

Creo que el homenaje más justo que se le puede hacer a quien dedicó de manera ejemplar sus mejores esfuerzos y su inteligencia al estudio de la filosofía es evocar su obra.

La obra de Juan Bautista Ferro fue la docencia durante más de tres décadas en clases, seminarios y conferencias. Es a este último aspecto de su actividad al que voy a referirme brevemente.

Pronunció Juan Ferro muchas conferencias y todas sin excepción fueron memorables por la pasión que las animaba, el conocimiento del tema, la claridad de la exposición y por su humor irreverente y mordaz.

Oírlo hablar de lógica o de Bacon, Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Husserl, Wittgenstein, Popper, o escucharlo desarrollar su propia comprensión de la filosofía era una verdadera “fiesta del pensar”. Oyendo a Ferro recordaba siempre esa expresión de Heidegger y la vivía con entusiasmo y admiración.

De esas conferencias quedan versiones escritas, casi todas inéditas. No sé hasta qué punto correspondan a lo que un auditorio fascinado escuchaba, pues Ferro no leía el texto redactado sino por breves mo-

* Texto leído en el homenaje al doctor Juan Bautista Ferro organizado por la Sociedad Peruana de Filosofía y la Universidad Nacional Inca Garcilaso de la Vega en el Instituto Raúl Porras Barrenechea, el 8 de diciembre de 1994, al conmemorarse el primer año de su muerte.

mentos y muchas veces sólo las citas que le servían para su exposición. No creo sin embargo que en lo esencial discreparan porque su memoria era oportuna y minuciosa. Consideraba que una conferencia leída imponía una cadencia que lo distanciaba de sus oyentes y lo confinaba en el texto. Juan Ferro tenía que ver a su público y sentir sus reacciones. Poseía la capacidad de captar de inmediato la atención del auditorio y saberla mantener indeclinable hasta el final.

Nunca aceptó dar una conferencia sobre un tema que pensaba conocía insuficientemente aunque hubiera tiempo para prepararla. Estaba convencido de que ésa es una forma de la improvisación, la menos grave sin duda en un medio en el que casi todos saben de todo. Sólo habló de aquello a lo que había dedicado años de reflexión y estudio.

Su magnífica biblioteca y su conocimiento de los idiomas en que ha sido escrita la filosofía le permitían acceder a los grandes textos del pensamiento occidental en las mejores ediciones y recurrir a los comentarios y trabajos más importantes sobre los temas y autores que le interesaban.

Juan Ferro fue un apasionado de los libros. A lo largo de años y desde muy joven fue haciéndose de una vasta y selecta biblioteca, asombrosa sobre todo si se tiene en cuenta que sus salidas del Perú fueron breves y esporádicas. Guiado por su gran conocimiento bibliográfico supo encargar siempre lo mejor. Consumió tiempo y dinero y soportó disgustos en épocas en que traer libros era una odisea burocrática agravada por la insolencia de funcionarios ignorantes. En ningún momento desistía de su voluntad de conseguir los libros que necesitaba.

Recorrer los estantes de la biblioteca de Juan Ferro es entrar en el mundo de sus intereses. Allí están silenciosos los libros que lo acompañaron ayudándolo a formular mejor sus propias preguntas o planteándose nuevas y conduciéndolo por los caminos e impases de los grandes pensadores.

Todas las conferencias de Ferro fueron el resultado de la persistente reflexión sobre los problemas que lo ocupaban, de la paciente relectura de textos que siempre había estudiado y de la consulta de una bibliografía cuidadosamente escogida.

Abordaba el tema inicialmente desde diversas perspectivas y después de una lenta labor y de volver una y otra vez sobre los mismos interrogantes y no sin vacilaciones, optaba finalmente por el enfoque que le parecía más pertinente.

La redacción definitiva le tomaba mucho tiempo pues rehacía páginas enteras, modificaba sin cesar las secuencias de su exposición hasta encontrar la que más le satisfacía y cada frase era leída en voz alta y corregida incansablemente porque lo obsesionaba la sonoridad y el ritmo de las palabras.

Su extrema escrupulosidad lo obligaba a traducir él mismo los textos que citaba, incluso si existían versiones en castellano, y no dejaba de transcribir el término original si lo creía necesario.

Juan Ferro vivía con plenitud su trabajo pues para él la filosofía era un asunto delicado y serio que lo comprometía totalmente. Estaba persuadido de que sólo las preguntas que brotan de nuestras más íntimas y auténticas preocupaciones podían hacernos dignos de los grandes pensadores. Únicamente ellos nos enseñan la disciplina y austeridad del pensar.

Sus conferencias fueron entretenidas, sugerentes e instructivas. Entretenidas, porque sabía darle vida a las preguntas que planteaba y crear alrededor de los problemas centrales una atmósfera de expectativa y suspenso. Sugerentes, ya que siempre expuso sus propios puntos de vista ingeniosos e informados. Instructivas, al mostrar que la actitud crítica es la única actitud fecunda en la filosofía.

El 21 de octubre de 1976, conmemorando el segundo centenario de la muerte de David Hume y en una actuación organizada por la Sociedad Peruana de Filosofía, pronunció Ferro una conferencia sobre la doctrina de las impresiones en la filosofía de Hume que fue publicada en 1988 por la entidad organizadora en el número VI de sus *Archivos*.

Leer ese texto es un placer que de alguna manera nos devuelve la voz de Juan Bautista Ferro y nos permite una vez más apreciar su talento y erudición.

En un estilo sobrio, preciso y claro expone Juan Ferro, sin ocultar su complejidad, lo esencial de la doctrina de las impresiones para luego explicar su verdadero alcance, primero interpretando algunos textos fundamentales de Hume y después situándolos en el contexto de la filosofía y ciencia de los siglos XVII y XVIII, lo que le permite desvirtuar las diversas imputaciones y malentendidos que han acompañado siempre su obra y comprender mejor su posición en la historia de la filosofía moderna.

Es imposible leer la conferencia de Ferro sin sentir la fuerza y autenticidad de su pensamiento, la vastedad de su saber y la profundidad

y vigor del lenguaje sencillo con el que nos habla de un tema que le preocupa y concierne.

Por razones que no es el caso mencionar, como diría él mismo, no me he referido a mi amistad con Juan Bautista Ferro. No puedo sin embargo terminar sin aludir brevemente a ella.

A lo largo de muchísimos años tuve con él infinidad de interminables conversaciones, para decirlo de un modo inadecuado, pues Juan Ferro era siempre el que más hablaba y yo el que más callaba. Inagotable, jamás agotador, muchas veces, sobre todo en la primera época de nuestra amistad, el amanecer me sorprendía escuchándolo. Nunca pude despedirme sin tener la sensación de que la vida era inmensa y yo la vivía pobremente.

La última vez que lo visité en su casa cuando el dolor y el sufrimiento eran grandes, me dijo que no quería morir, no por temor a la muerte sino porque amaba la vida. Una expresión de ese amor, no la única pero sí quizá la más importante, fue para él la filosofía. A los que supieron escucharlo, amigos o alumnos, les transmitió ese amor. Esa era su vocación y a ella se entregó generosamente.

Yo guardo de él un recuerdo que cada vez es más nítido y casi todos los días encuentro nuevas cosas que agradecerle.

Juan Bautista Ferro no fue un hombre manso ni fácil, fue un hombre honesto y libre que me dio su confianza y afecto y a quien quise entrañablemente.